

profanos y grafiteros

Vivimos en tiempos curiosos.  
Un encuentro con  
Margaret Atwood

Rafael Toriz

Margaret Atwood. (Fotografía: Jeremy Sutton-Hibbert /Getty Images)

**O**SCILANTE EL AÑO ENTERO ENTRE LA NEUROSIS Y EL COLAPSO, nunca como en diciembre la ciudad de Buenos Aires ofrece su costado más odioso. Trastornada por la agenda de fin de año —en el sur del continente las navidades dan inicio a las vacaciones de verano— con un calor que alcanza los treinta y cinco grados a la sombra y un tráfico infernal que la sofoca, el escenario es ideal para vivir un síncope cardíaco, una tradición anual que el diciembre pasado se vio regada con gasolina debido a las reformas a las pensiones de los jubilados promovida por el gobierno de Mauricio Macri; agresión que ocasionó disturbios frente al Congreso de la Nación y una severa represión policial, lo que mueve a pensar al extranjero que el caso argentino más que político es psiquiátrico: el partido del presidente arrasó en las elecciones legislativas de octubre de 2017 en la mayor parte del país —de manera contundente en la Capital Federal—. En consecuencia, su gobierno no ha hecho hasta el momento otra cosa que seguir al pie de a letra la agenda de un típico gobierno neoliberal: achicar el gasto público, gobernar con preferencias para la clase que representa, aumentar los impuestos y, como cualquier político en funciones, culpar de todos los yerros del presente al gobierno que lo antecede.

Entre balazos de goma, proyectiles con morteros, turbas enardecidas, heridos y detenidos, visitó el país la canadiense Margaret Atwood, quien acompañada por su marido, el novelista Graeme Gibson, dio tres de charlas, invitada por la Biblioteca Nacional, apenas unos días antes de que la ciudad se entregará a una de sus tradiciones más conspicuas; porque en Buenos Aires, para bien y para mal, la calle incide en la política. Y a esa excentricidad la llaman democracia.

Avisados de que la polígrafa no daría entrevistas individuales, me planté temprano entre un corrillo de periodistas exclusivamente compuesto

por mujeres, cosa que me llamó la atención, pero no por mucho tiempo, puesto que una vez que Atwood entró a uno de los salones superiores de la Biblioteca Mariano Moreno, lo que de veras encandila no sólo es su elegancia morigerada y la sonrisa entre coqueta y malevolente, apenas un prólogo del embrujo cuando se miran sus afilados ojos de lechuza (“ahí donde debería tener pestañas lo que hay son mariposas”) que atraviesan a quien los mira con el rigor de la Medusa.

Al descubrir poco a poco que no hemos sido convertidos en piedra empieza a sopesarse, ya serenos, que no son muchos los autores de un auténtico talante ecuménico, de alcances tan vastos como sofisticados. Entre la infatuación de la ignorancia de las nuevas promociones y el aldeanismo cultural propio del gremio, cuando aparece un obra nutrida por el apetito voraz que provoca la fascinación del mundo la sociedad acusa el golpe. Tal es el caso de la obra de Margaret Atwood, una de las sensibilidades literarias más complejas del presente.

Dueña de una prolífica obra poética y de una decena de libros de ensayos —luminoso y perturbador es su tomo sobre el oficio de escribir titulado *Negotiating with the Dead: A Writer on Writing*, y también *Strange Things: The Malevolent North in Canadian Literature*—, recientemente ha ganado nuevos lectores debido a la popularización de dos de sus novelas transformadas en series televisivas: *El cuento de la criada*, que explora el mundo como distopía en la cual ante la infertilidad de la clase dominante las mujeres son divididas en castas, sometidas y utilizadas como receptáculos seminales, y *Alias Grace*, un fresco ambientado en el siglo XIX canadiense que demuestra la vejación endémica y permanente que han sufrido las mujeres a manos de las sociedades patriarcales.

Narradora especializada en el género de la ficción especulativa —otra de sus novelas populares es *Oryx y Crake*, donde la vida ha sucumbido a la comercialización absoluta y la sociedad vive embuida en la manipulación genética, por lo que la novela esta cruzada por extraños híbridos de cerdos con lobos, ratas y serpientes en un mundo gobernado por empresas multinacionales donde los ricos viven separados de los pobres en barrios cerrados—, escucharla hablar es un deleite. “¿Es usted una escritora feminista?” A lo que responde con aplomo: “Basta que pongas como personaje a una mujer que piensa para que un libro sea catalogado como feminista. Lo único que he dicho es que las mujeres son personas: he ahí una idea radical como pocas”. Irónica, despliega su sabiduría con precisión, pero sobre todo con originalidad: “¿Cree usted que hay más mujeres en las firmas de libros por una cuestión de género, porque a los hombres no les interesa?”. “La cuestión es más sencilla: los hombres odian hacer fila; para las mujeres, en cambio, se trata de un evento social”.

Atenta a los nuevos formatos narrativos, es taxativa al señalar que “los libros cambian en función del marco en que se los lee, por eso, más que proféticos, su libros se transforman ante diversos escenarios, lo que multiplica sus posibilidades de lectura”.

Hija de biólogo y nutricionista, a poco de escucharla queda claro que parte de su embrujo tiene que ver su conocimiento de la vida silvestre, por su plena sintonía con la naturaleza y los datos que prodiga como alpiste para aves: “Compartimos con los pájaros el gen del canto. Esa es una buena razón no sólo para observarlas sino para cantar con ellas”.

Refiere con alarma que en fechas recientes la población de insectos ha disminuido en un setenta y cinco

por ciento, una catástrofe silenciosa obra del antropoceno y que debería preocuparnos, puesto que los insectos conforman la mayor parte de la cadena alimenticia. “Somos como el canario que mandan a la mina para ver si el entorno es tóxico. Los siguientes en línea somos nosotros. Vivimos en tiempos curiosos”.

Ornitóloga y activista ambiental, informa con seriedad sobre los cuatro grandes enemigos de las aves: las ventanas, la contaminación, la destrucción de su hábitat y los gatos. Por eso su personaje de cómic es una alegoría del animal perfecto: *Angel Catbird*.

Emocionado, le pregunto por el lugar de Canadá en relación con la conformación del bloque norteamericano, por el lugar de las mineras de su país en el mundo entero y por los obstáculos que enfrenta al escribir prosa y al escribir verso. “Contrario a lo que parece, Canadá es un país pequeño, su población entera es apenas un poco más que la de la Ciudad de México. La mayor parte de aquel enorme país, que en el imaginario es siempre un lugar de huida, es roca y hielo. Canadá tiene por fuerza que estar pendiente de lo que pasa en otros lados, abrirse en diálogo con el mundo: somos un país abierto”. Recuerdo entonces unos hermosos versos suyos, que le digo a boca de jarro: “*The dark soft languages are being silenced: / Mothertongue Mothertongue Mothertongue / falling one by one back into the moon*”, y responde: “La poesía es el horno en el que se cocinan las palabras, es el centro del calor. La novela, por el contrario, es más parecido a un extendido bufet frío. La novela y la poesía dialogan con distintas partes del cerebro, por lo que sus ondas son distintas. En la poesía las ondas están apretujadas, en la novela las ondas van más separadas. Es una cuestión de patrones y de síncopas: una cuestión de ritmo”.

Nacida y crecida en el norte canadiense, Atwood es dueña de una personalidad magnética que comprende el lenguaje de las bestias y los bosques, y cuya obra es una reflexión permanente para tratar de vivir en armonía dentro de un mundo envilecido, ese que nos sofoca en estos tiempos curiosos y cuyos reflejos horrorosos vertebrados por sus novelas nos recuerdan que aún hay otros caminos, con toda seguridad más plenos y con seguridad también mejores. 